

POESÍAS VARIADAS

Mario Restrepo Botero¹

MORIR POR LA POESIA

Había leído alguna vez que la literatura era explosiva e incendiaria, como un barril de pólvora, se imaginaba ahora que lo había comprobado y que le dejaba algún remordimiento.

Compulsivamente venía recorriendo la gran avenida con el cartapacio de cuentos que le habían encomendado leer para dar su veredicto en el concurso. Iba depositando en cada calle una carpeta para que la voz del viento la leyera y le dijera a su regreso los encantos que había descubierto. Para eso habían detenido el tránsito de buses y automotores, de modo que sentía totalmente suya la vía, suya y de la fantasía de los muchachos que habían escrito con cuidado sus relatos para el certamen de Cartagena.

Le martillaba en la cabeza el cuento del niño que deseaba participar en la elección del Papa, se había escapado de su casa en Tegucigalpa y atravesando mares y montañas había llegado a Roma para el humo blanco que le parecía como si emanara de uno de los volcanes de su tierra, que era la misma

del Pontífice Oscar que salía a su ventana para saludar y bendecir a la multitud y lo reconocía entre la inmensa cantidad de gente que lo aclamaba.

Sin pretenderlo, como sucedía frecuentemente, se desvió del camino y empezó a deambular por calles desconocidas, indagando por Machado, a quien recordaba como cuando fue a Sevilla y nadie lo conocía. Se angustiaba al sentirse perdido -no era la primera vez que le sucedía- y como un mago fue sacando poemas de su cabeza y de su corazón, hasta llenar con ellos un tinaco que levantó del suelo y llevó abrazado, cual precioso tesoro, hasta la acera alta donde lo depositó con cuidado, en un ritual sagrado que comenzó a llenar de resplandor toda la calle.

Mientras hacía camino al andar por la ruta de Antonio, sentía las pisadas del hombre alto, moreno, despelucado y sucio, de vestidos raídos que, como un perro ansioso, seguía las huellas olfateando su tesoro de versos. Gritó con terror cuando el loco -se parecía a Gómez Jatin- se quiso acercar al tinaco para descifrar la poesía oculta, pues estaba seguro de que explotaría con esa bomba incendiaria

¹ Sacerdote salesiano. Educador Actualmente Rector del Colegio Salesiano de Cartagena. Publicaciones; (Memorias) "De camino" (Cuentos) "Mi tejedora de sueños" "Los sueños son cuentos". Correo Electrónico: pmariorb@hotmail.com.



que constituían los poemas. «*No lo toques*», le gritaba para salvarlo, pero fue más fuerte su instinto de bardo vagabundo y el tarro metálico explotó esparciendo en la noche oscura los trozos del poeta confundidos con las cenizas de los versos.

Sintió terror y se confesó culpable de una tragedia para él inevitable, aunque en el fondo sabía que en ese libro negro de letras rojas se había salvado de la muerte el vagabundo. «*Arde Raúl*», leía en las tinieblas de esa noche sin estrellas

Cuando de nuevo halló el camino y pudo recoger los cuentos esparcidos en la calle, oyó la voz del viento como un idioma misterioso que le decía: «*En cada relato hay un trozo de las cenizas de un poeta errante y loco que voló en átomos como un ave nocturna custodiando el tesoro de sus versos*».

EL LENGUAJE DE LA SERPIENTE

En su silbido imperceptible, esta serpiente decía muchas cosas que luego se fueron entendiendo. Una, por ejemplo, que le gustaba arrastrarse libremente por entre la hierba y de vez en cuando pasear por la baldosa fría del corredor y que no admitía que otros delataran con gritos de miedo su presencia.

Como nunca me han gustado los animales, poco entiendo su lenguaje y pienso que su presencia es siempre amenazante, peligrosa. Por eso, cuando miré al patio engramado y me di cuenta de que la culebra se arrastraba a sus anchas con la cabeza levantada para llamar la atención, me estremecí, pero me quedé callado y di unos pasos hacia atrás. Me pareció que no me había visto porque subió al corredor y lo atravesó delicadamente como un paso obligado hacia el patio. Recordando la descripción de José Abel, vivo de milagro después de un pequeño alfilerazo de serpiente, quise prevenir a los que estaban al otro lado y comencé a gritar con terror: “*una serpiente, cuidado, una serpiente*”.

Nunca pensé que el animal entendiera el español ni que reconociera mi voz, hasta cuando vi que levantaba de nuevo la cabeza y movía su lengua viperina como diciéndome, “*no se meta en mi vida y déjeme ser libre*”. Dio media vuelta y se volvió por el corredor con tal rapidez que no alcancé a correr, ni



siquiera a moverme, cuando ya se me había aferrado al dedo índice y me había introducido sus colmillos venenosos.

Sacudí la mano desesperadamente y grité con más fuerza, *“me mordió la serpiente, me mordió”*, mientras brotaba un hilillo de sangre por mi dedo. Al momento llegó Claudia que se reía pensando que era una chanza mía y no creía que por ahí anduviese la culebra. Sólo cuando se percató de mi dedo rojo amoratado y notó la roncha púrpura que me iba cubriendo el brazo, se asustó tanto que salió a llamar a los demás.

De nuevo quedé solo, como sembrado en la baldosa, paralizado, sintiendo cómo me iba poniendo pálido y cómo se me iban doblando las piernas. Mis gritos de *“llévenme donde un médico, que me muero”*, parece que no fueron escuchados por nadie porque llegaron la oscuridad y la noche total que sólo dejaban escuchar un silbido sutil que traducía: *“Eso le pasa por denunciarme y desconfiar de mi presencia”*.

CAPERUCITA

Todos temían que se repitiera la misma historia porque todos conocían a Caperucita, la veían atravesar las calles con su canasta hacia el mercado a comprar los alimentos y llevarlos a su abuelita. Se habían encariñado ya con su modo de ser infantil y espontáneo, con su vestido rojo de capucha, con su dulce voz que hablaba de tiempos legendarios en el bosque, con su miedo cuando conversaban de lobos y de cazadores.

Era cierto que el tribunal había enfrentado el caso con valor, que los cazadores habían probado su inocencia al obrar en legítima defensa ante los lobos, que la manada había aceptado aparentemente el fallo; pero también eran verdaderos los rumores de que no todo quedaba claro con la sentencia de los jueces y de que los perdedores habían jurado vengarse y hacer justicia con sus propios dientes.

Por eso, todos, calladamente, trataban de seguir los pasos de Caperucita, de protegerla, de prevenirla contra una nueva emboscada. Todos, además, se esforzaban por descubrir quién era el lobo que había logrado entrar al pueblo disfrazado de persona influyente. Algunos decían que al jefe de correos le habían visto los colmillos muy largos; otros, que el sargento mayor nunca se destapaba la cabeza por miedo a que le vieran las orejas; alguien afirmó haber visto algo así como un rabo por



entre las piernas del notario que jamás dejaba el sobretodo; no faltaba quien dudara del alcalde, al que, un día en que se quitó los guantes, se le vieron las uñas como garras. “¿No estaremos rodeados y gobernados por lobos?”, se preguntaban muchos.

El día en que Caperucita, dejando atrás sus recuerdos y temores, quiso salir de nuevo al bosque, alguien logró interceptar una llamada en clave y dio el aviso de inmediato.

Los ascensores se movilaron con rapidez, todos los teléfonos sonaron ocupados, las sirenas de los carros se oyeron estrepitosamente, todos salieron a informarse de lo que había sucedido o estaba aconteciendo. Todos, menos Caperucita que se había escapado hacia el bosque, ingenuamente, a recoger las flores para su abuelita. El pueblo estaba rodeado de lobos disfrazados que controlaban la situación y hablaban de la paz, mientras los otros lobos, los de dientes agudos y feroces, estaban escondidos entre los árboles del bosque espionando las sencillas pisadas de Caperucita.